



TALLER: ORACIÓN SANTA ANA

10. taller - sábado 3 – mayo - 2025

El centro de la oración cristiana es la Trinidad. Este es un misterio que nos sobrepasa y que la inteligencia humana no puede comprender; pero sí puede adorar y amar. Los místicos son quienes hablan con más percepción de este misterio trinitario, ya que es a través de la intimidad con el Señor como lo intuyen y lo contemplan.

Los cristianos siempre deberíamos iniciar la oración diciendo: **“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”**. Para nosotros, los cristianos, Dios es un Dios trinitario, y a él nos dirigimos en la oración. De aquí que acostumbrarse a decir despacio y con unción esta oración nos introduce en el seno mismo de la Trinidad. **“Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”**. También es una oración trinitaria. Hemos de ser conscientes de lo que decimos y como lo decimos.

La oración cristiana es trinitaria. Pues, aunque no seamos plenamente conscientes, la oración se vive en el corazón de la Trinidad. El orante se sumerge en el más profundo centro de Dios. Por esto se puede decir que la oración es un éxtasis, porque es un salir de sí mismo para sumergirse en Dios. Y al mismo tiempo, este movimiento se realiza desde lo más profundo de uno mismo, en ese centro que nada ni nadie puede llegar a empañar la presencia de Dios, ni siquiera el pecado.

La oración envuelve toda la persona. Así como el amor es una realidad ontológica, así lo es también la oración. La capacidad espiritual que Dios ha sembrado en la persona para relacionarse con ella se expresa por esa capacidad de amar, orar y desear relacionarse con la Divinidad. Es a través de la oración –manifestada de muy diversas formas– como la persona manifiesta a Dios todo su amor. ¡Orar es tan fácil y tan hermoso como amar!

La oración es mucho más sencilla que lo que los manuales de espiritualidad han intentado enseñarnos. Orar es sentirse amado, amada, envuelta en el amor infinito de Dios, y este amor recibido es el que nos induce a amarle desde nuestra pequeñez y fragilidad, tal como somos; es decir, amarle con todo nuestro ser. El amor de Dios es infinito; nuestro amor, por muy profundo que sea, siempre será finito. Dejarnos amar por Dios que constantemente nos invita a vivir en su compañía, pues Dios es un mendigo de la intimidad de su creatura.

En el caso de que tú no te sientas con la capacidad de amar, sé sencillo como un niño y acoge el amor del Padre. “Dios te ha amado el primero” (1 Jn 4, 19). ¡Que feliz se siente la persona cuando ve que su amor es recibido! Dios no te pide ni el esfuerzo de amarle, tan solo te pide que tengas la sencillez de acoger su gran amor, porque es su amor el que te transforma y te asemeja a su Hijo. La oración te lleva a la simplicidad de corazón, a la sencillez de los niños. “Si no os hicieseis como un niño” (Mt. 18,3).

La oración no parte de la persona a Dios, sino de Dios a la persona. Esta es la capacidad que Dios le ha dado para relacionarse con él. Evidentemente que esta relación se realiza desde la fe, como con un velo, dirá San Pablo; pero desde la certeza de la presencia amante de Dios que me habita.

Cuando se descubre la esencia de la oración, la vida misma es una oración prolongada. La plenitud de la oración es vivir en el corazón de la Trinidad.

Tal vez conozcáis la oración de santa Isabel de la Trinidad. Una enamorada de la Trinidad y una mística de nuestro tiempo. He pensado que puede ayudarnos a entrar en este gran misterio trinitario

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA TRINIDAD,

¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme totalmente de mí para establecerme en Ti, inmóvil y serena, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir Ti, oh, mi Inmutable, sino que, cada minuto de mi vida, me sumerja más profundamente en tu divino Misterio.

Pacífica mi alma. Haz de ella tu cielo, tu morada predilecta, el lugar de tu descanso. Que nunca te deje solo, sino que, vivificante en mi fe, permanezca con todo mi ser en tu compañía, en completa adoración y entregada absoluta, sin reservas, a tu acción creadora.

¡Oh, mi Cristo adorado, crucificado por amor! Quisiera ser una esposa para tu corazón. Quisiera glorificarte y amarte hasta morir de amor. Pero reconozco mi impotencia. Por eso, te pido que me revistas de Ti mismo, que identifiques mi alma con todos los sentimientos de tu alma, que me sumerjas en Ti y que me invadas; que, tu ser sustituya mi ser para que mi vida sea solamente una irradiación de tu propia vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

¡Oh, Verbo eterno, Palabra de mi Dios! Quiero pasar mi vida escuchándote. Quiero permanecer atenta a tus inspiraciones para que seas mi único Maestro. Quiero vivir siempre en tu presencia y morar bajo tu luz infinita, a través de todas las noches, vacíos y debilidades. ¡Oh, mi Astro querido! Ilumíname con tu esplendor fulgurante, de tal manera que ya no pueda apartarme de tu divina irradiación.

¡Oh, Fuego abrasador, Espíritu de amor!, desciende a mí para que se realice en mi alma como una encarnación del Verbo. Que yo sea para Él una humanidad suplementaria donde renueve su misterio. Y, ú, ¡oh Padre!, protege a tu pobre y pequeña criatura. Cúbrela con tu sombra. Contempla en ella solamente a tu Hijo muy amado, en quien has puesto todas tus complacencias

¡Oh, mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo! Me entrego a Ti como víctima de amor. Sumérgete en mí para que yo quede inmersa en Ti, en espera de ir a contemplar en Tu luz, el abismo de toda tu grandeza.

Santa Isabel de la Trinidad